

muchos de sus ornamentos. En su interior tiene un noble *portico* y un patio, el cual sostienen unas columnas sólidas, al igual que el corredor sobre el pórtico, a cuyos lados se encuentran las escuelas de artes y ciencias, que aquí se imparten como en la universidad. Aquí escuché al padre Athanasius Kircher disertar sobre un fragmento de Euclides. Adjunta hay una gloriosa y amplia iglesia para los estudiantes; una segunda aún no se concluye, y hay dos nobles bibliotecas, en donde me mostraron al célebre ingenio e historiador Famianus Strada. De aquí fuimos a casa de Hippolito Vitellesco (luego bibliotecario de la Biblioteca del Vaticano), quien nos mostró una de las mejores colecciones de estatuas en Roma, a las cuales con frecuencia se refiere como si estuvieran vivas, diciendo aquí y allá frases, sentencias y versos, a veces besándolas y abrazándolas. Él guarda un busto de Brutus que el Senado ordenó marcar en el rostro por haber asesinado a Julius; esta pieza es muy querida. También tiene una Minerva, y otras de gran valor. Este caballero no ha mucho que adquirió terrenos en el reino de Nápoles, con la esperanza, al cavar la tierra, de hallarse más estatuas, lo cual hasta ahora parece haber logrado, siendo que valen más de lo que compró. Pasamos la tarde en la Chiesa Nova, en donde había excelente música; pero antes de que ella diera inicio, los gentiles padres me condujeron a una biblioteca ricamente amueblada, contigua a su tan hermoso convento.

Ciudadelas del saber. El Museo Kircheriano y otras colecciones científicas italianas del siglo XVII

Silvio A. Bedini

Tomado de *Science and Instruments in Seventeenth-Century Italy*, Verum, Gran Bretaña, 1994. Traducción de Antonio Saborit.

El sabio jesuita Athanasius Kircher vivió en una de las épocas de la historia de la ciencia más emocionantes; su vida activa abarcó el periodo comprendido entre la muerte de Francis Bacon y la publicación de los *Principia* de Newton. Como autor de unos cuarenta títulos sobre diversos aspectos y dimensiones de las ciencias en su tiempo, desde entonces se le colocó entre los científicos destacados. Sin embargo, el hecho más notable y duradero por el que se le recuerda es indudablemente el museo que creó y que llevó su nombre.

Por encima de muchas otras colecciones científicas italianas de su tiempo, el Museo Kircheriano pretendió ofrecer (y se convirtió en) una presentación tridimensional enciclopédica del mundo natural y de la historia del hombre y de sus logros.

Una característica que diferenció al Museo de Kircher de las demás colecciones contemporáneas del siglo XVII consistió en que fue el resultado de propósitos diversos de aquellos que movían a otros coleccionistas, pues el de Kircher creció sobre todo como una fuente cuyo origen y desarrollo están en sus propios estudios y escritos. Muchos de los objetos que contenía el museo ya habían sido, o luego se convertirían, en los temas de los títulos que dio a la imprenta. A diferencia de las colecciones nobiliarias tanto en Italia como en otros lugares de Europa, el Museo Kircheriano no exhibía exclusivamente objetos de factura y valor raros, pues también tenía que ver con los materiales mundanos de la vida diaria de las antiguas civilizaciones y de los países lejanos en su época. En la medida en que los intereses de Kircher abarcaban todas las ciencias conocidas entonces y lo que hoy se clasifica como tecnología, la amplitud de temas y la abundancia de especímenes reunidos confirieron al museo un lugar central para estudiar disciplinas científicas ya establecidas, así como las nuevas.

Las colecciones que se formaron en Europa por lo menos desde el comienzo del siglo XV habían exhibido arte, antigüedades, curiosidades naturales y artificiales, y a decir verdad su origen eran las salas de tesoros de la Antigüedad descritos por Homero, Cicerón y otros escritores clásicos. El deseo de poseer objetos raros y de valor reflejaba, por medio de las propiedades, un elemental y hartamente común anhelo de grandeza, de acumular riquezas en busca de prestigio social o de seguridad personal, así como la compulsión por dejar para la posteridad una señal de la propia existencia. Pero detrás de la formación de estas colecciones había otros alicientes. Durante la Edad Media, las grandes iglesias y otras instituciones religiosas se convirtieron en los repositorios de los singulares tesoros que donaban los ricos patronos con la esperanza de obtener dispensas especiales —aunque también agradeciéndolas—, o bien de lo que traían los peregrinos, misioneros y cruzados al volver de sitios distantes.¹

El reavivamiento humanístico de influencia clásica, expresado tanto en el florecimiento de las artes y de las letras como en el inicio de la ciencia moderna que caracterizaron al Renacimiento, llevó a la formación de notabilísimas colecciones que eran reflejo del intelecto del filósofo y de la penetrante curiosidad del erudito. Esta actividad se volvió preocupación de los que tenían capital líquido: príncipes, prelados y ricos aristócratas. En lugar de las reliquias de los santos y de otros tesoros eclesiásticos que estaban a resguardo en las catedrales, los coleccionistas privados se dieron a la tarea de buscar muestras de arte bello, antigüedades clásicas, gemas talladas y numismática, e inevitablemente añadieron las curiosidades. Tasados con el mismo valor que las piezas artísticas de un orfebre, aparecieron ahí cocodrilos disecados, conchas raras, huevos de dimensiones colosales, relojes de mecanismos complicados, automatonas, candados con truco y materiales naturales asociados con la magia, las ciencias esotéricas o a los que se atribuían poderes misteriosos.

Por encima de muchas otras colecciones científicas italianas de su tiempo, el Museo Kircheriano pretendió ofrecer (y se convirtió en) una presentación tridimensional enciclopédica del mundo natural y de la historia del hombre y de sus logros.



El reavivamiento humanístico del Renacimiento incrementó notablemente el ámbito del coleccionismo hasta hacerlo abarcar los materiales para el estudio de la naturaleza y las obras de los hombres, designadas generalmente como "curiosidades naturales y artificiales". En una época en la que Italia dominaba la ortodoxia religiosa y cultural, las menageries reales y los jardines botánicos que se tenían como confirmaciones de poder y estatus se completaron gradualmente con colecciones que ilustraban las maravillas de la naturaleza y la genialidad del hombre.

Estas colecciones se conocieron como "gabinetes de curiosidades", *Wunderkammern* o *Schatzkammern*, o bien como *tribuni* o *gallerie* en Italia, nombres derivados de los salones que las albergaban. Inaccesibles para el público en general, las veían los amigos y visitantes distinguidos, de ahí que el contenido de muchas de ellas hoy se conozca únicamente por los contados inventarios que sobreviven o por los relatos publicados de viajeros privilegiados. Hacia el final del siglo XVI, la edición de catálogos que describían y en ocasiones ilustraban el contenido de estas colecciones hizo que éstas fueran mejor conocidas.²

Las expediciones de exploración y conquista que emprendieron españoles y portugueses, más el descubrimiento del Nuevo Mundo, significaron un estímulo importante. Animaron e incrementaron la conciencia de un universo mucho más amplio del conocido hasta entonces, lo cual, a su vez, generó curiosidad sobre las culturas y civilizaciones que se acababan de descubrir. Las noticias de pueblos y sitios extraños suministraron una atmósfera muy propicia para el crecimiento de las colecciones. Había agentes especiales en los principales puertos de Europa que traficaban con África, Asia y América, y a más de uno se le envió incluso al Lejano Oriente para comprar curiosidades y tesoros.

Una interesante nota al pie en la historia del coleccionismo durante éstas sus primeras etapas se relaciona con la importancia que adquirió la porcelana entre los tesoros traídos de Oriente en la época de Marco Polo. De inmediato los europeos trataron de reproducirla. El gran número de dificultades que se encontraron al ensayar su manufactura llevó a muchos a creer que se trataba de una sustancia mágica. Entre los que experimentaron con su producción se encontraban coleccionistas muy voraces, como el archiduque Fernando I de Tirol, el canónico Manfredo Settala de Milán y el gran duque Francisco I de Médicis de Florencia. No fue sino hasta finales del siglo XVI cuando el gran duque logró finalmente determinar la composición de la porcelana. Pero no fue sino al concluir el siglo XVII cuando la porcelana se pudo producir comercialmente en Europa.³

El reavivamiento humanístico del Renacimiento incrementó notablemente el ámbito del coleccionismo hasta hacerlo abarcar los materiales para el estudio de la naturaleza y las obras de los hombres, designadas generalmente como "curiosidades naturales y artificiales". En una época en la que Italia dominaba la ortodoxia religiosa y cultural, las *menageries* reales y los jardines botánicos que se tenían como confirmaciones de poder y estatus se completaron gradualmente con colecciones que ilustraban las maravillas de la naturaleza y la genialidad del hombre. Éstas reflejaron con creciente nitidez el progresivo interés en las nuevas ciencias emergentes que suscitó la revolución científica de principios del siglo XVII, la cual vino acompañada de inventos y hallazgos microscópicos y astronómicos. *Literati* y médicos italianos dirigieron inevitablemente sus actividades hacia la investigación del mundo físico y se encargaron de dar cuerpo a algunas de las colecciones más impresionantes y útiles. En consecuencia, las colecciones se formaron sobre un soporte más científico, lo cual les confirió sentido y respeto-

bilidad. Los gabinetes o *tribuni* que hasta entonces no habían sido sino bodegas de objetos raros y virtuosos, abrieron espacio a los materiales relacionados con las ciencias naturales y a aquellos que eran muestra de la genialidad del hombre, así como a los laboratorios para su estudio.

Particularmente en Italia, por encima de cualquier otro sitio en Europa, hacia las postrimerías del siglo XVI ya se habían formado varias de estas colecciones con una orientación científica, y muchas más se desarrollaron durante el siglo siguiente. Entre los coleccionistas italianos del siglo XVI destacaron los príncipes Médicis y Andrea Cesalpini en Florencia, Pier Andrea Mattioli en Siena, Giulio Cesare Scaligero, Gian Vincenzo Pinelli y Girolamo Cardano en Milán, Francesco Calceolari y Mapheus Cusanus en Verona, el conde Luigi Ferdinando Marsigli y Ulisse Aldrovandi en Bolonia y el cardenal Stefano Borgia en Velletri.⁴

Varios de ellos merecen mención aparte. En los últimos años del siglo XVI, el boticario Ferrante Imperato y su hijo Francesco reunieron en Nápoles un maravilloso conjunto de animales y de plantas medicinales y de otro tipo en lo que fue el primer catálogo de museo publicado en 1599, y en el cual se describían detalladamente plantas y animales. Durante el mismo periodo, Michele Mercati, alumno de Cesalpini, reunió en el Vaticano una amplia colección de minerales y de otros especímenes geológicos. Mercati fue director de los jardines botánicos del Vaticano, estuvo al servicio de tres distintos papas, y su temprano interés en la mineralogía y en los fósiles fue lo que lo llevó a formar la colección en el Vaticano que se convirtió en el tema de su obra póstuma: *Metallotheca*. En Verona, Ludovico Moscardo, noble veronés, incrementó la ya impactante colección de Francesco Calceolari. Ésta daba importancia a la arqueología y a la historia natural e incorporó valiosos artefactos de los indígenas de América, animales disecados y antigüedades clásicas, todos ellos descritos en el catálogo ilustrado que se publicó en 1656.⁵

Entre las más renombradas colecciones de ciencia que sobreviven en el presente está la que combina los afanes individuales de Ulisse Aldrovandi, naturalista y director de los jardines botánicos de Bolonia, y la del marqués Ferdinando Cospi, senador boloñés. Aldrovandi reunió un conjunto inconmensurable de muestras minerales, etnográficas, zoológicas y botánicas, junto con una gran cantidad de libros, dibujos y manuscritos relacionados con ellas. Su museo le sirvió de punto de apoyo para la producción de su gran enciclopedia de las ciencias naturales, de la cual sólo se llegó a publicar una pequeña parte. Como no dejó herederos al morir, donó su museo y biblioteca al Senado de Bolonia.⁶

Emparentado con los príncipes Médicis, Cospi se educó en la corte de los Médicis y en Lombardía se desempeñó como agente de asuntos toscanos. Su coleccionismo empezó como un pasatiempo juvenil animado por los ocasionales obsequios que le hacía el gran duque. No obstante que su interés fundamental eran los materiales etnográficos, Cospi se hizo también de obras de arte relacionadas con estos intereses. Coleccionó ídolos egipcios y mexicanos para representar a la mitología, y utensilios etruscos y romanos para documentar el menaje de las tumbas de la Antigüedad. El catálogo que formó Lorenzo

Los gabinetes o tribuni que hasta entonces no habían sido sino bodegas de objetos raros y virtuosos, abrieron espacio a los materiales relacionados con las ciencias naturales y a aquellos que eran muestra de la genialidad del hombre, así como a los laboratorios para su estudio.



La más celebrada de todas las colecciones científicas del siglo XVII en el norte de Italia fue la del Museo Settala. Ésta la inició el médico milanés Lodovico Settala a finales del siglo XVI, y abarcaba todas las bellas artes y la numismática, una pequeña colección de plantas medicinales y materiales afines, así como una amplia biblioteca de libros raros y manuscritos.

Legati, impreso en 1665, describía e ilustraba las categorías del museo e incluía una vista de su interior, reflejo del afán por clasificar las especies. Como sucedió en otras colecciones de la misma época, paredes y techos estaban aprovechados al máximo, y un busto de Dante presidía plácidamente sobre los ordenados objetos. En 1660 Cospi donó también su colección al Senado de Bolonia y estuvo expuesta en el Palazzo Público. Más adelante se combinó con el Museo Aldrovandi.⁷

Menos conocida pero asimismo relevante fue la *tribuna* del abate conde Giovan Antonio Baldini de Piacenza, el tan viajado enviado especial del duque de Parma. Fue un coleccionista voraz en cada una de sus tareas en el extranjero, desde cameos en Madrid al arte y los utensilios chinos e indios en Amsterdam. También reunió una amplia biblioteca de obras impresas sobre viajes para completar sus colecciones. Cuando Antonio Vallisneri visitó a Baldini en 1719, aquél quedó tan intrigado con la variedad de sus propiedades que publicó un inventario de ellas; más adelante, Umberto Landi formó un catálogo completo.⁸

La más celebrada de todas las colecciones científicas del siglo XVII en el norte de Italia fue la del Museo Settala. Ésta la inició el médico milanés Lodovico Settala a finales del siglo XVI, y abarcaba todas las bellas artes y la numismática, una pequeña colección de plantas medicinales y materiales afines, así como una amplia biblioteca de libros raros y manuscritos. Tras la muerte de Lodovico, su hijo Manfredo —quien llegaría a ser uno de los hombres de ciencia más destacados de su época— incrementó considerablemente la colección. Decidido desde los quince años a formar la suya propia, luego de visitar el palacio ducal en el que pudo apreciar sus increíbles tesoros, los intereses del joven Manfredo se dirigieron originalmente hacia las ciencias. En 1630, poco después de concluir sus estudios de leyes y lengua en Pavía, Siena y Pisa, el cardenal Federico Borromeo lo ordenó canónigo de San Lorenzo en Brolo, un nombramiento que le permitió dedicar su vida a ociosas pesquisas. Sus estudios en Pisa le habían despertado cierto interés en la óptica y aprendió a pulir sus propios espejos y lentes y a construir los instrumentos ópticos que usaba en sus estudios. Desde estudiante también dominó el arte del torneado oval y a lo largo de su vida produjo muchos torneados decorativos en madera y en otros materiales que obsequiaba o bien metía al museo. Para continuar sus pesquisas científicas, anexo al museo instaló un laboratorio en donde realizaba experimentos. Settala compró gran cantidad de relojes, instrumentos matemáticos y astronómicos y aparatos de física experimental, los cuales se exhibían de manera conspicua en su museo junto a muchos otros mecanismos, instrumentos y aparatos diseñados y contruidos por él. Igual de importante fue la colección que formó con materiales de historia natural provenientes de todo el mundo. Fue inevitable que el Museo Settala se convirtiera en un museo de ciencia, aunque nunca se deshizo de la valiosa colección artística ni de la biblioteca de su fundador.

El Museo Settala estaba alojado en varios de los amplios salones del palacio familiar sito en la vía Pantano en Milán, y su creciente fama lo convirtió en una piedra imán para los viajeros europeos que

iban a Italia. El testamento de Settala especificaba que a su muerte el museo pasaría a sus herederos y de ahí a la Biblioteca Ambrosiana, así que la familia lo conservó hasta la desaparición del último heredero en 1716, y entonces pasó a la biblioteca. Sin embargo, el museo se quedó en el palacio familiar hasta 1751, de tal suerte que para cuando se mudó a la biblioteca ya había padecido la depredación la familia o las ventas se habían encargado de dispersar partes importantes del acervo.⁹

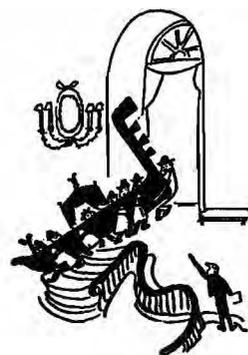
El de Settala era al que más se comparaba el Museo Kircheriano, tanto por su temática como por la actividad de sus fundadores. Se conocían entre los dos, pues Settala mantuvo contacto epistolar con Kircher desde 1647 y lo conoció personalmente cuando fue a Roma en 1655, en ocasión de la elección como papa de su discípulo el cardenal Fabio Chigi. Kircher envidiaba abiertamente el éxito de Settala en la producción de espejos ustorios, por ejemplo, y en dos escritos mencionó los logros de Settala. Como muestran las cartas de Settala en los libros de correspondencia de Kircher, entre ellos existió un sostenido contacto ocasional.¹⁰

Para la segunda mitad del siglo XVII ya se habían formado varias colecciones científicas en Roma, reflejo de la atmósfera cultural de la corte papal. Especialmente impactantes eran las colecciones de los ricos prelados, con algunos de los cuales Kircher estaba asociado de una u otra forma. Monseñor Giovanni Giuseppe Ciampini integró una buena colección de antigüedades clásicas en su palacio de Roma e hizo valiosas aportaciones a la literatura de inscripciones cristianas. En 1677, con el respaldo de la reina Cristina de Suecia, Kircher se convirtió en el director de la recién fundada Academia Física Matemática Romana, la cual ofreció un foro para la experimentación y discusión profesionales de las nuevas ciencias. A su muerte donó sus utensilios arqueológicos y los aparatos experimentales de la academia para la creación de un centro de estudios en Roma, un sueño que no se realizó por falta de apoyo administrativo y fondos.¹¹

La reina Cristina de Suecia, voraz coleccionista y otro de los corresponsales de Kircher, llegó a poseer una célebre colección de arte y monedas cuyas piezas no siempre las obtuvo por medios legales. Ella era obsequiosa con otros coleccionistas, y de hecho su verdadera preocupación eran la magia y las artes alquímicas, aunque profesaba un fuerte interés por la ciencia.¹²

Entre las colecciones científicas más modestas de Roma figuraban la del cardenal Francesco Barberini y la del caballero Francesco Gualdo da Rimini. La celebrada Biblioteca Rimini, que formó el cardenal Matteo Barberini, quien luego se convirtiera en el papa Urbano VIII, la completó la colección científica que formó su sobrino y heredero, el cardenal Francesco Barberini, personaje relevante en el mundo del saber de su época.¹³ En el mismo periodo, Gualdo da Rimini llegó a tener una interesante colección de ciencia en su palacio, junto a la iglesia de la Santa Trinità dei Monti. Cuando la visitó Cristina en 1666, llamó especialmente su atención un antiguo trípode en bronce de rara factura destinado a ceremonias sacrificiales. Rimini lo mostró más adelante al papa Alejandro VII y en algún momento el trípode llegó al museo que estableció el sobrino del papa, el cardenal Flavio Chigi.¹⁴

La reina Cristina de Suecia, voraz coleccionista y otro de los corresponsales de Kircher, llegó a poseer una célebre colección de arte y monedas cuyas piezas no siempre las obtuvo por medios legales. Ella era obsequiosa con otros coleccionistas, y de hecho su verdadera preocupación eran la magia y las artes alquímicas, aunque profesaba un fuerte interés por la ciencia.



Los inventarios que se conservan del Museo Chigi muestran que cubría todo el espectro de temas que se podían encontrar en las colecciones más grandes y especializadas de la época, pero sin esfuerzo alguno por ordenarlo.

Durante la segunda mitad del siglo XVII el Museo Chigiano fue un importante repositorio de piezas artísticas, etnográficas y de historia natural, del cual en la actualidad casi nadie se acuerda. Flavio Chigi tenía apenas catorce años cuando su tío fue electo papa y dos años después al joven se le convirtió en el cardenal Padrone. Durante los siguientes años el papa Alejandro VII le confirió más títulos y honores, incluido el de prefecto de la biblioteca del Vaticano. El joven cardenal destacó en la corte papal como eficaz administrador y diplomático, pero sus principales intereses siempre fueron la filosofía y la ciencia. Tenía una riqueza considerable y se comentaba que alguna vez dijo que al no tener herederos estaba decidido a consumir la mayor cantidad posible de su haber con tal de dejarle la mínima herencia a su primo el príncipe Agostino Chigi, quien competía con él por el favor papal.¹⁶

Aunque él fue un ávido coleccionista de arte, Chigi demostró poco discernimiento, pues de las numerosas pinturas que compró pocas eran de importancia. Inició sus actividades como coleccionista muy al comienzo de su carrera y en su palacio en Formello estableció un "Museo delle curiosità naturali, peregrine e antiche". Cuando más adelante construyó su palacio en Quattro Fontane, lo rodeó de elaborados jardines —diseño de Carlo Fontana— que hacían gala del gusto en uso, 35 fuentes, pequeños bosques, largas filas de cítricos y finas estatuas ejecutadas por los más destacados artistas de la época. El rasgo sobresaliente de los jardines era un casino de dos niveles en el que guardó sus colecciones, las cuales crecieron considerablemente con el tiempo.¹⁶

El museo del casino atrajo a muchos viajeros distinguidos y se refirieron a él los escritores de su tiempo y de épocas posteriores. Giovanni Bianchini escribió:

Por otra parte, a la manera del Palazzo Albani, están los encantadores jardines y el casino Chigi con su museo de curiosidades naturales y artificiales, en cuyo jardín también hay fuentes. El lunes veinte el príncipe Elector visitó el jardín [...] y el príncipe lo condujo personalmente, mostrándole primero el museo ubicado en el casino y luego las fuentes en el jardín.

Tiempo después, Rudolfo Lanciani señaló que entre otros palacios importantes en Roma "los Chigi poseían un encantador jardín-museo en la Via delle Quattro Fontane".¹⁷

Los inventarios que se conservan del Museo Chigi muestran que cubría todo el espectro de temas que se podían encontrar en las colecciones más grandes y especializadas de la época, pero sin esfuerzo alguno por ordenarlo. Ahí se exhibían, sin la menor preocupación por la sistematización: una valiosa estatuaria clásica recuperada de sitios en Roma y en otras partes, animales y aves montados, especímenes botánicos y minerales, así como "curiosidades artificiales". Asimismo exhibía los acostumbrados objetos a los que se atribuían poderes mágicos o sobrenaturales. Chigi clasificaba estos últimos como "curiosidades naturales, reflejo de la afinidad entre la magia, la religión y la ciencia primitiva". Además de sus propias adquisi-



ciones, el Chigi recibía obsequios de otros museos. Entre ellos cabe mencionar un antiguo cáliz, regalo de Virgilio Spada, y “el cuerno de un unicornio de cinco palmos y medio de extensión”, regalo de la reina Cristina. Un obispo griego obsequió “uno de los treinta *denari* por los que fue vendido Nuestro Señor Jesucristo y que fuera obsequiado en memoria del difunto papa Alejandro VII”. Chigi también tenía contacto con Settala —condiscípulo, como ya se dijo, de su tío el papa Alejandro VII—, y la colección Chigi contenía algunos de los habilidosos torneados de Settala.¹⁸

Al igual que muchos de sus colegas coleccionistas, el cardenal tenía un amplio interés en las costumbres, la vestimenta y la cultura de otras civilizaciones y trató de conseguir muestras de los materiales de la vida diaria en tierras lejanas. No contento con las piezas de colección que se conseguían con los comerciantes y viajeros en Roma, Chigi explotaba otras fuentes y ordenaba embarques de sitios muy distantes. Kircher asesoró varias veces al cardenal en la formación de sus colecciones. En 1666, por ejemplo, Kircher le informó a Chigi sobre un embarque proveniente de Nueva España que él se encargó de negociar en nombre del cardenal y el cual estaba muy demorado. Este embarque lo estaba preparando un tal Alessandro Faviano—descrito por Kircher como un católico firme y versado en ciencias—, en el *pueblo* de Los Angeles, entonces parte de México. Faviano necesitó casi dos años para reunir las rarezas americanas que habrían de enriquecer al Museo Chigi, para lo cual envió emisarios a las zonas más alejadas del Nuevo Mundo en busca de ejemplos interesantes de la vida terrestre y marina así como de las curiosidades fabricadas por el hombre. Debido a las grandes distancias involucradas, según el informe de Faviano a Kircher, se requirió de mucho tiempo para preparar los especímenes para el viaje, aunque le aseguraba que el embarque llegaría en tres meses junto con la flota. Pero para que el cardenal no se sintiera defraudado, le enviaba mientras tanto una selección de muestras inquietantes.¹⁹

Además de los materiales provenientes del continente americano, el cardenal buscaba y conseguía piezas provenientes de otras partes del mundo. Entre los tesoros más preciados de Chigi figuraban las dos momias que importó de Egipto, entre las primeras que llegaron a Europa y las primeras, se dijo, que se vieron en Roma. Chigi las compró a la familia de un viajero que recorrió todo el mundo: Pietro della Valle, quien, según se supo, ordenó que las desenterraran en Saquara en los primeros años del siglo. Se creía que las momias eran marido y mujer. Poca atención se le daba a la momia masculina, debido a que toda la acaparaba la momia femenina por sus elaborados adornos. Por las inscripciones y el retrato se dedujo, acaso con la asistencia de Kircher, que se trataba de una reina de África. En el inventario del museo se describió como

Momia egipcia, la figura íntegra de una mujer, con una máscara dorada cubierta de jeroglifos, vendada, etcétera, embalsamada en el interior de un sarcófago de madera labrada y repujada y rematado en lo alto con dos cocodrilos y con un hico podido a sus pies, sostenida sobre una plataforma de pórfido pulido con jeroglifos tallados.²⁰

Al igual que muchos de sus colegas coleccionistas, el cardenal tenía un amplio interés en las costumbres, la vestimenta y la cultura de otras civilizaciones y trató de conseguir muestras de los materiales de la vida diaria en tierras lejanas. No contento con las piezas de colección que se conseguían con los comerciantes y viajeros en Roma, Chigi explotaba otras fuentes y ordenaba embarques de sitios muy distantes. Kircher asesoró varias veces al cardenal en la formación de sus colecciones.



Orador y demandante confidencial tanto del papa Inocencio X como del papa Alejandro VII, además de gran maestro de los Ospedale di Santo Spirito, como coleccionista Spada enderezó sus actividades hacia las ciencias naturales y físicas, aunque también era propietario de una modesta colección de antigüedades.

Una publicación de la época, al describir el Museo Chigi, señaló que “la pieza más rara que uno ve es la momia egipcia completa, traída de Egipto para el cardenal por un costo de cuatro mil *scudi*”. En 1662, Chigi comisionó a Francesco Corallo, dorador, la decoración del sarcófago de la momia y sus diversos relieves tallados por medio de pinturas de aceite y con oro de tierra para darle la apariencia del bronce.²¹

Chigi fue muy aficionado a las ciencias, a la astronomía muy en particular, y cuantas veces participó en actividades científicas en Roma reunía y empleaba los instrumentos asequibles más finos. Éstos los tenía en un sitio, aunque unos cuantos los dio de alta en los inventarios de su museo. Muerto el cardenal en 1693, el museo se quedó en el casino-museo durante los siguientes 50 años hasta que los herederos se dividieron la colección. Ésta, o lo que quedaba de ella, en 1745 se la dividieron en partes iguales los hijos de la hermana del cardenal: Agostino Chigi y monseñor (más adelante cardenal) Flavio Chigi Minor. Poco después, el papa Benedito XIV compró una buena cantidad de objetos que donó al Museo Cristiano del Vaticano, al Museo Capitolino en Roma y al Museo Cívico en Bolonia. Aún se pueden identificar muchas de estas piezas. Las antigüedades clásicas y los otros segmentos de los museos, incluidas las dos momias egipcias, se vendieron a Augusto II Elector de Sajonia, y en la actualidad están en los museos de Dresden.²²

No tan amplia, aunque relacionada más íntimamente con las ciencias, fue la colección que formó en Roma el amigo de Chigi: Virgilio Spada, monseñor. Orador y demandante confidencial tanto del papa Inocencio X como del papa Alejandro VII, además de gran maestro de los Ospedale di Santo Spirito, como coleccionista Spada enderezó sus actividades hacia las ciencias naturales y físicas, aunque también era propietario de una modesta colección de antigüedades. Su “museo” estaba en depósito en la Biblioteca Vallicelliana, y estuvo en la bodega hasta que se fundó el Museo Nazionale en la Terma de Diocleciano en la segunda mitad del siglo XIX. Tal parece que algunas de las colecciones de Spada se incorporaron entonces al nuevo museo, y que más tarde volvieron a la Biblioteca Vallicelliana. En 1886, el contenido del Museo Spada —que estaba formado por unas 350 piezas— se dispersó por órdenes del ministro de Instrucción Pública. Las piezas arqueológicas se transfirieron nuevamente al Museo Nazionale y las restantes se dividieron entre cinco departamentos de la Università degli Studi di Roma “La Sapienza”. Cuarenta instrumentos científicos relacionados con astronomía y física pasaron al observatorio de la universidad, los especímenes minerales a la División de Mineralogía, las conchas a la División de Ciencias Naturales y los fósiles y los especímenes zoológicos fueron a la División de Geología. Esta dispersión se realizó en seis distintos envíos entre enero y junio de 1886. Hasta ahora no han tenido éxito los primeros esfuerzos por identificar las piezas de Spada en las colecciones departamentales. Sin embargo, estudios más profundos acaso permitan identificar algunos de los instrumentos de Spada en el Osservatorio Astronomico di Roma.²³

El liderazgo italiano en el desarrollo de colecciones de objetos provenientes de tierras lejanas se debió sobre todo al papel desem-

peñado por los misioneros al traerse esos materiales al regreso de sus viajes. Debido a este tipo de ayuda de parte de los misioneros jesuitas, Athanasius Kircher pudo reunir tan admirable museo en el Collegio Romano y convertirlo en la colección científica más importante de su tiempo.

El temprano interés del joven jesuita en los jeroglíficos egipcios lo llevó de Alemania a Roma en 1633. Ésta, que sería una fascinación constante por el Lejano Oriente se originó en las investigaciones que Kircher realizó en Alemania sobre los coptos, mismas que lo llevarían al estudio de las misiones sirias en India y China. Este interés recibió el fuerte estímulo del hallazgo de la estela nestoriana de Sig-nan-fu en 1625, de la cual el Collegio Romano recibió un facsimilar al tamaño con traducción al portugués. En 1631 se publicó una traducción al italiano. Kircher trabajó como quiso en el Collegio Romano hasta que recibió nombramiento como maestro de matemáticas. Uno de sus primeros proyectos era la realización de una traducción al latín de la estela nestoriana, publicada en su *Prodromus Coptus* en 1636. En su viaje a Roma, Kircher paró en Aix para visitar al célebre Nicolás Claude Fabri de Peiresc y conocer su colección de antigüedades de Egipto y de otros sitios. Impactado por el talento y entusiasmo del joven jesuita, Peiresc le obsequió gran cantidad de artefactos egipcios que Kircher llevó consigo a Roma.

Los materiales egipcios de Peiresc integraron el núcleo original de lo que se convertiría en el Museo Kircheriano. A ellos Kircher añadió poco a poco los instrumentos matemáticos que requería para sus clases e investigaciones en el Collegio Romano, formando así su propio "gabinete", el cual expandió eventualmente con las adquisiciones de otros instrumentos científicos, la mayoría relacionados con la física y con la astronomía, así como con mecanismos y aparatos de su propia invención. Cada una de las preocupaciones de Kircher se reflejó en lo que añadió a su colección. Más adelante, Peiresc le obsequió a Kircher otros materiales que se convirtieron en parte de este museo en crecimiento. De su investigación sobre Egipto añadió modelos de obeliscos, y de su investigación sobre la música salieron instrumentos musicales y órganos hidráulicos. Relojes, instrumentos científicos, materiales etnográficos, especímenes de la historia natural, todos se transformaron en las materias primas para sus estudios conforme se introducía en un nuevo tema. En cada uno de sus viajes, como el que realizó a Sicilia y Malta, Kircher buscaba materiales para su estudio y eventual exposición, pues no dejó de integrar el museo con esqueletos y ejemplos de aves y animales preservados, especímenes geológicos y obras de arte que representaban aspectos de la cultura. Las piezas relacionadas con la mecánica y otros aspectos de la tecnología que llamaban su atención no fueron la parte menor de esta colección. No hay duda de que Kircher estudió los catálogos de otras colecciones científicas de su época, a partir de lo cual sacó ideas para completar y organizar la propia. Su museo se convirtió al mismo tiempo en la fuente y en el producto de sus propias investigaciones y publicaciones, las cuales abarcaban la gama completa de las ciencias conocidas entonces.²⁴

Kircher acomodó originalmente su "gabinete" con la biblioteca del Collegio en un salón relativamente pequeño que le facilitaron

No hay duda de que Kircher estudió los catálogos de otras colecciones científicas de su época, a partir de lo cual sacó ideas para completar y organizar la propia. Su museo se convirtió al mismo tiempo en la fuente y en el producto de sus propias investigaciones y publicaciones, las cuales abarcaban la gama completa de las ciencias conocidas entonces.



Kircher tuvo una gran influencia en los hombres de ciencia de su tiempo. Uno de sus primeros intereses fue el de la astronomía; sus primeras observaciones astronómicas las realizó cuando de joven hacía las veces de matemático e inspector del arzobispo de Mainz. Su preocupación por el magnetismo lo llevó a la publicación del que fuera uno de sus primeros títulos.

para ese propósito. En 1651, a la muerte del secretario senatorial romano Alfonso Donnini, éste donó su colección de antigüedades clásicas al Collegio Romano, las cuales, al sumarse al "gabinete" de Kircher, planteaban la necesidad de un mayor espacio.²⁵

Famoso por la universalidad de sus conocimientos, por el brillo de su intelecto y entusiasmo y por la persistencia en la investigación, Kircher tuvo una gran influencia en los hombres de ciencia de su tiempo. Uno de sus primeros intereses fue el de la astronomía; sus primeras observaciones astronómicas las realizó cuando de joven hacía las veces de matemático e inspector del arzobispo de Mainz. Su preocupación por el magnetismo lo llevó a la publicación del que fuera uno de sus primeros títulos. Además de continuar el estudio de estas ciencias se enfrascó en el estudio de otras. En su museo montó el laboratorio en el que realizó una amplia variedad de experimentos científicos y en el que produjo muchos inventos. Experimentó con el pulido de lentes y espejos, señalando en su *Magia Universalis* la alta calidad de las lentes de aumento de Settala, mismas que al parecer trató de duplicar. Fabricó sus propios microscopios, los cuales empleó para observar a las bacterias, y cuyos resultados publicó en 1658.²⁶

Otra productiva fuente de adquisiciones del Museo Kircheriano fueron los materiales que los misioneros jesuitas enviaban o traían con ellos al regresar a su centro de operaciones en Roma provenientes de todas partes del mundo, y los cuales brindaban a Kircher nuevas oportunidades para sus estudios. Uno de sus mejores informantes fue su antiguo discípulo Martino Martini de Trento, de quien obtuvo algunos de sus artefactos chinos más valiosos. Conforme creció la adquisición de los materiales de los misioneros, el pequeño museo en el Collegio emergió como la más amplia y celebrada colección etnográfica privada en el siglo XVII en Europa. En su obra *China Illustrata*, publicada en 1667, Kircher resumió para el público erudito, verbal y gráficamente, todo lo que él consideró interesante sobre la civilización china, popularizando así el tema en un esfuerzo por avanzar las misiones cristianas en ese país.²⁷

Con el tiempo, Kircher necesitó hacerse de asistencia especializada para sus experimentos científicos, para la conservación de sus especímenes, para fabricar modelos y mecanismos así como para organizar y exhibir sus colecciones. El más conocido de estos asistentes fue Giorgio de Sepi, descrito por Kircher como *custos musaei et in machinis elaborandis artifex*. Otro que auxilió a Kircher en el museo fue su ex alumno Francesco Terzi Lana, quien más adelante formó un museo propio en el Collegio de Brescia, donde daba clases. Su fama derivó de la publicación de su *Prodomo*, inspirado sin duda por su asociación con Kircher.²⁸

El primer catálogo que se publicó del Museo Kircheriano fue obra de Sepi, en 1678. Se organizó según la disposición física de las colecciones y describía e ilustraba los artefactos egipcios y clásicos, los primeros aparatos de iluminación, los instrumentos musicales, las plantas y yerbas, los insectos y aparatos científicos. La portadilla ofrece una vista singular, y de hecho la única que existe, del interior del Museo Kircheriano cuando gozaba el mejor momento de su historia. Tenía estatuas y obeliscos colocados a intervalos en el centro

del amplio salón que albergaba las colecciones, con repisas en las paredes para acomodar las vasijas y los demás artefactos. Dispuestos al azar sobre la otra pared estaban los capelos de vidrio que resguardaban a los especímenes más pequeños o frágiles. Encima de las repisas había cuadros, animales disecados, armas e instrumentos científicos. La bóveda del techo estaba decorada con pinturas de los signos del zodiaco y de las constelaciones, y de ahí colgaba un cocodrilo disecado. Cerca del acceso estaba colgado un esqueleto que le daba la bienvenida a los visitantes.²⁹

Entre los personajes distinguidos que vinieron del extranjero para conocer el museo estaba el diarista inglés John Evelyn, que lo vio durante su primera etapa en 1644. Evelyn consignó que Kircher lo llevaba por diversos sitios del Collegio, incluido su propio estudio, “en donde, con paciencia holandesa, me mostró sus movimientos perpetuos, catóptricos, experimentos magnéticos, modelos y otros miles de ganchillos y aparatos”. Otros de los visitantes que dejaron por escrito sus comentarios sobre el museo fueron: Sir Robert Southwell, John Deddington, Thomas Coxe, Lord Howard y el jesuita inglés William Gascoigne, quien fuera alumno de Kircher en el Collegio.³⁰

La decadencia del museo dio principio inmediatamente después de la muerte de Kircher en 1680, pese a que acababa de conocer su apogeo. Como nadie lo visitaba, las colecciones fueron espantosamente abandonadas durante un largo tiempo, mientras se robaban, destruían o extraviaban muchos de sus objetos. En 1688, sólo ocho años después de la muerte de Kircher, al reportar su visita al Museo Kircheriano durante su viaje a Italia, Francis Misson comentó que había sido “muy manoseado y desagregado: sin embargo, queda todavía una gran colección de rarezas de la naturaleza junto con varios aparatos mecánicos”.³¹

El museo se conservó en total caos hasta 18 años después de la muerte de Kircher. En 1698 fue puesto en manos del jesuita Filippo Bonanni (o Buonanni) y comenzó el lento proceso de organización y catalogación. Éste descubrió que la construcción de la nueva iglesia para el Collegio, iniciada en el año de la muerte de Kircher, volvía inadecuado para las colecciones el salón adjunto a la biblioteca, y les buscó un espacio nuevo. Pasó el museo a un corredor en el piso superior, enfrente del jardín. Se las arregló para que tuviera una amplia terraza cubierta para formar una galería, pero a la colección le seguía haciendo falta la adecuada seguridad. Pese al empeño de este sacerdote, la colección siguió siendo objeto de vandalismo y, finalmente, el papa Clemente XI expidió un edicto en el que amenazaba con castigos e incluso con la excomunión a quien violara el museo.³²

Animado por el rector del Collegio, Giovanbatista Tolomei, luego cardenal, Bonanni incrementó gradualmente el espacio para las colecciones haciéndose del corredor adyacente y de varias habitaciones pequeñas. Tolomei reunió los fondos para realizar los cambios estructurales necesarios y para comprar nuevas adquisiciones, y a su muerte dejó un legado para uso del museo.³³

Con el tiempo, el Museo Kircheriano prosperó bajo la diestra administración de Bonanni. Él incrementó a 60 el número de gabinetes, con nuevas adquisiciones que incluían máquinas de física, instrumentos matemáticos así como valiosos especímenes etnográficos.

El primer catálogo que se publicó del Museo Kircheriano fue obra de Sepi, en 1678. Se organizó según la disposición física de las colecciones y describía e ilustraba los artefactos egipcios y clásicos, los primeros aparatos de iluminación, los instrumentos musicales, las plantas y yerbas, los insectos y aparatos científicos. La portadilla ofrece una vista singular, y de hecho la única que existe, del interior del Museo Kircheriano cuando gozaba el mejor momento de su historia.



La desaparición del Museo Kircheriano, tras dos siglos de sobrevivencia, se dio finalmente en 1870 con la unificación de Italia.

El nuevo gobierno confiscó las propiedades de los jesuitas y con el tiempo algunas de las colecciones del museo se sumaron a otras para formar el nuevo museo nacional de Italia, el Museo Nazionale, en las fuentes de Diocleciano. Otras partes del museo se dispersaron: en escuelas jesuitas, en los departamentos de la Universidad de Roma "La Sapienza" y en lugares que se ignora.

cos y de historia natural. Una adición importante fue la de su colección personal de moluscos. Sin embargo, la de artefactos arqueológicos fue la que experimentó el menor crecimiento.

Bonanni dividió las colecciones en una nueva clasificación en doce apartados. En uno acomodó las antigüedades griegas y romanas, los enseres domésticos, las pesas y medidas, y en otro organizó la flora y la fauna proveídas por los misioneros jesuitas, como las frutas exóticas, las semillas, las plantas, las aves y animales disecados, incluido el pequeño camaleón de Palestina sobre el cual escribiera Kircher. Bonanni asignó un apartado a las "Observaciones de los cuerpos minúsculos realizadas con un microscopio", llevadas a cabo por Kircher con sus propios instrumentos. Las máquinas de movimiento perpetuo, los órganos hidráulicos, las lentes de aumento y los relojes de sol babilonios y coptos estaban en otro apartado, y los mecanismos quedaron representados por medio de sus modelos. En 1709, Bonanni dio a la imprenta un catálogo bien ilustrado y ordenado según la reorganización del museo.³⁴

Bonanni siguió a cargo del museo hasta su muerte en 1725, tras la cual fue remplazado por Contuccio Cantucci, quien se encargó de seguir haciendo crecer las colecciones así como de realizar investigaciones y publicaciones sobre los artefactos arqueológicos. Un entusiasta de las antigüedades clásicas, Cantucci suscitó el resurgimiento del interés por este tema y desarrolló el museo hasta convertirlo en un importante centro de estudios arqueológicos, por medio de la asesoría y la ayuda de muchos estudiosos y también por medio de sus propias publicaciones. Aunque las antigüedades clásicas aún no adquirían un público en el mundo académico o en las publicaciones científicas, el estímulo de Cantucci hizo mucho por avanzar este tema.³⁵

Es muy probable que la concentración en la colección arqueológica hiciera a Cantucci olvidarse de otras partes del museo. Tras visitar el lugar, J.J. Keysller observó que seguía desordenado o bien que había vuelto a desordenarse. Entre las piezas vio que eran de particular interés las del esqueleto de un ave de tres patas, los huevos colosales, los mecanismos de reloj, los instrumentos musicales, los *automata*, las conchas curiosas, los *calculi* provenientes del cuerpo humano incluida la sorprendente piedra que le extrajeron de la vesícula al jesuita Leo Sanctus. Cuando el musicólogo Charles Burney visitó el museo en 1771, lamentó que los instrumentos musicales que había ido a ver estuvieran desordenados.³⁶

Después de la papal supresión de la Sociedad de Jesús en 1773, el Collegio Romano y el museo pasaron a ser propiedad del Vaticano y algunos de los tesoros kircherianos acabaron en los museos del Vaticano. Por fortuna, el museo se salvó de la depredación sufrida por otros museos italianos durante la invasión francesa de Italia a finales del siglo XVIII, y con la restauración de la orden de los jesuitas en 1825 pareció lograr nueva vida provisional bajo la administración del diligente académico Giuseppe Marchi. Sin embargo, se informó de nuevo que las colecciones estaban en gran desorden y seriamente dañadas. Se nombró a un nuevo curador, se publicó una guía del museo en 1864 y se abrió al público. Pero sus días estaban contados.

La desaparición del Museo Kircheriano, tras dos siglos de sobrevivencia, se dio finalmente en 1870 con la unificación de Italia. El nuevo gobierno confiscó las propiedades de los jesuitas y con el tiempo algunas de las colecciones del museo se sumaron a otras para formar el nuevo museo nacional de Italia, el Museo Nazionale, en las fuentes de Diocleciano. Otras partes del museo se dispersaron: en escuelas jesuitas, en los departamentos de la Universidad de Roma "La Sapienza" y en lugares que se ignora.³⁷

De este modo, el Museo Kircheriano sufría la misma suerte que padecieron virtualmente todas las colecciones científicas importantes del siglo XVII en Italia. Por ejemplo, a la muerte de Baldini, sus sobrinos heredaron las colecciones diplomáticas y al poco tiempo se dispersaron por completo, sin dejar huella. Aunque en otros museos sobrevivieron algunos objetos del Museo Chigi, a través de las compras que realizaron el papa Benedicto XIV y el Elector de Sajonia, se ignora la disposición de la mayor parte de las colecciones. A la muerte del último heredero del canónigo Manfredo Settala en 1716, su museo se donó a la Biblioteca Ambrosiana, adonde se transfirió en 1751. Sin embargo, a la muerte de Settala sus familiares sacaron, para su propio uso o para la venta, muchas piezas valiosas. Tras su instalación en la Biblioteca Ambrosiana, la demanda de espacio para otras prioridades llevó a reubicar a las colecciones en una sala y luego en otra, dando como resultado que cada vez se dañaran o perdieran piezas. Eventualmente, el interés en las colecciones disminuyó y en adelante padecieron constantes desgastes al venderse subrepticamente valiosos especímenes; otros fueron hurtados. Piezas importantes como la de la famosa lupa y otros instrumentos científicos fueron adquiridas por coleccionistas privados en ventas legítimas aún hace muy poco.³⁸

Por encima del Museo Settala, en el siglo XVII el Museo Kircheriano alcanzó y disfrutó su nombramiento como el más valioso centro de estudios enciclopédicos sobre el mundo natural y los alcances del hombre. La diversidad y la calidad de sus colecciones eran insuperables e inspiraron la formación de otras colecciones similares aunque más modestas.

Pese a que mucho de lo que publicó ya se conocía, Kircher destacó fabulosamente entre los hombres de ciencia de su tiempo, pero con el paso de los siglos se redujo su estatura cuando los estudios más recientes desplazaron las ideas erradas e inexactitudes de su obra. Pero aunque por lo general las han ignorado los académicos, muchas de sus numerosas invenciones fueron sin duda significativas, aun cuando las opacaron sus otras actividades científicas. El Museo Kircheriano es la única de las empresas de Kircher que sobrevive como su mayor logro: un monumento intacto y reconocido entonces y ahora.

Los historiadores contemporáneos de la ciencia tienen todavía mucho que aprender a partir de un estudio amplio, hasta ahora ni siquiera intentado, sobre las primeras colecciones científicas y en particular sobre el Museo Kircheriano. Esto se puede lograr en parte mediante la identificación y reunión de lo que se pueda recuperar de las primeras colecciones y usarlas como fuentes para el estudio de la ciencia. Un ejemplo estimulante de lo que puede lograrse a través

En el siglo XVII el Museo Kircheriano alcanzó y disfrutó su nombramiento como el más valioso centro de estudios enciclopédicos sobre el mundo natural y los alcances del hombre. La diversidad y la calidad de sus colecciones eran insuperables e inspiraron la formación de otras colecciones similares aunque más modestas.



de estos medios fue la espléndida muestra del *Musaeum Sep-talianum* que abrió en el Museo Civico di Storia Naturale en Milán en 1984. Sería igualmente gratificante organizar una muestra similar con los materiales que sobreviven del Museo Kircheriano.³⁹

Notas

¹ Douglas y Elizabeth Rigby, *Lock, Stock and Barrel. The Story of Collecting*, Filadelfia, J.B. Lippincott Company, 1944, pp. 154-180; Francis H. Taylor, *The Taste of Angels. A History of Collecting from Ramses to Napoleon*, Boston, Little, Brown and Company, 1954, pp. 3-51; J. von Schlosser, *Die Kunst und Wunderkammern der Spätrenaissance. Ein Beitrag zur Geschichte des Sammelwesens*, Leipzig, 1908; reimpresso en Florencia, 1974; Braunsweig, Klinkhardt & Biermann, 1978, pp. 1-29; David Murray, *Museums. Their History and Their Use*, Glasgow, James MacLehose and Sons, 1904, vol. I, pp. 19-91; Silvio A. Bedini, "The Evolution of Science Museums", *Technology and Culture*, vol. VI, núm. 1, invierno de 1965, pp. 1-7; Silvio A. Bedini, "I primi musei italiani della scienza", *Cultura e Scuola*, vol. IV, 1965, pp. 234-240.

² Murray, vol. I, pp. 186-215; Taylor, pp. 56-182; Schlosser, pp. 29-220; J. Evans, *Rudolf II and His World. A Study in Intellectual History*, Oxford, Clarendon Press, 1973; A. González-Palacios y Luigi d'Urso, *Objects for a "Wunderkammern"*, Londres, P & D Colnaghi & Co., Ltd., 1981, pp. x-xx; A. González-Palacios, "From Wunderkammern to Museum; Le cabinet du curieux", *Connaissance des Arts*, núm. 22, 15 de diciembre de 1953, pp. 60-65.

³ Sir John Home, "A Ming Bowl at Bologna", en *Transactions of the Oriental Ceramics Society*, vol. XIII, 1935-1936, pp. 30-31; M. Baurdeley, *Porcelains de la Campagne des Indes*, Friburgo, 1962, p. 118; Max Wykes-Joyce, *7000 Years of Pottery and Porcelain*, Nueva York, Philosophical Library, 1958, pp. 78-80.

⁴ Annalisa Berzi, Curzio Ciprani y Marta Poggesi, "Florentine Science Museums", *Journal of the Society of the Bibliography of Natural History*, vol. 9, núm. 4, pp. 413-425; Paolo Galluzzi, "Il mecenatismo mediceo e le scienze", *Idee, istituzioni, scienza ed arti nella Firenze dei Medici*, editado por Cesare Vasoli, Florencia, Giunto-Martello, 1980, pp. 189-215; Bruno Accordi, "Contributions to the History of the Geological Sciences. The Museum Calceolarum (XVIth Century) of Verona Illustrated in 1622 by Ceruti and Chiocco", *Geologica Rom.*, vol. 16, 1977, pp. 21-54; Benedetto Ceruti y Andrea Chiocco, *Museum Franc. Calceolari jun. Veronensis... Luculenter descriptum & perfectum*, Verona, Angelo Tamys, 1622; Rosa Maria Cimino, "Il Museo Borgia di Velletri e la sua sezione indiana", *Bolletino d'Arte*, serie VI, año LXVII, enero-marzo de 1982, pp. 97-104; G.A. Colini, "Collezioni etnografiche del Museo Borgiano", *Bolletino della Società Geografica Italiana*, serie 2, vol. 10, 1885, pp. 316-325; Detlef Heikampf, "American Objects in Italian Collections of the Renaissance and the Baroque: A Survey", *First Images of America. The Impact of the New World on the Old*, editado por Fredi Chiappelli, Berkeley, Calif., University of Carolina Press, 1976, col. I, pp. 455-482; *Vita Synopsis Stephani Borgia, S.R.E. Cardinalis amplissimi, S. Congre. de Propaganda Fide Praefecti*, Roma, 1805, pp. 26-43; *Dizionario Biografico degli Italiani*, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 1960, vol. 2, pp. 118-124, "Aldrovandi, Ulisse"; vol. 17 (1974), pp. 65-67, "Calzolari (Calzolaris), Francesco"; G.G. Bolletti, *Origini e de'Progressi dell'Istituto delle Scienze di Bologna*, Bologna, Lelio dalla Volpe, 1763, pp.

6-12; G. Fantuzzi, *Memoire della vita del General Co. Luigi Ferdinando Marsigli...*, Bologna, Lellio della Volpe, 1770, p. 1-48, 218-219; *Nouvelle Biographie Universelle*, Paris, Firmin Didot Frères, 1863, vol. 33, cols. 976-979, "Marsigli (Louis-Ferdinand)".

⁵ Ferrante Imperato, *Historia naturale... In questa seconda impressione aggiuntovi da Gio. Maria Ferro spetiale lia sanita, alcune annotazioni alle piante nel libro vegesimo ottavo*, Venecia, Comb & La Nou, 1672; Michele Mercati, *Metallotheca opus posthumum; Appendix ad metallothecam vaticanam*, Roma, G.M. Salvioni, 1717-1719; Lodovico Moscardo, *Note ovvero memoire del museo Ludovico Moscardo... Con l'aggiunta in questa seconda impressione della seconda parte dello stesso Autore, accresciuta di cose spettanti particolarmente all'antiquità*, Verona, Andrea Rossi, 1672; Phulip C. Ritterbush, "Art and Science as Influences on the Early Development of Natural History Museum Collections", *Proceedings of the Biological Society of Washington*, vol. 82, 1969, pp. 561-578.

⁶ Ulisse Aldrovandi, *Musaeum metallicum in libros iiii distributum, Ambrosinus composuit*, Bologna, 1648; Giuseppe Olmi, *Ulisse Aldrovandi Scienza e Natura nel Secolo Cinquecento*, Trento, Università degli Studi di Trento, s.f.; *idem*, *Osservazione della natura e raffigurazione in Ulisse Aldrovandi*, Trento, Università degli Studi di Trento, s.f.

⁷ Lorenzo Legati, *Museo Cospiano annesso a quello del famoso Ulisse Aldrovandi e donato alla sua Patria dall'Illustrissimo Signor Ferdinando Cospi*, Bologna, Giacomo Monti, 1677; *Breve descrizione del Museo dell'Illustrissimo... Ferdinando Cospi, Bali d'Arezzo, Marchese di Petriolo e Senatore di Bologna, Donato dal med. all'ill. Senato e ora ammess al famoso Cimeliarchio celebre Aldrovandi*, Bologna, imprenta de G.B. Ferroni, 1667; G.B. Comelli, "Ferdinando Cospi e le origini del Museo Civico di Bologna", *Atti e Memorie della R. Deputazione di Storia Patria per le Provincie di Romagna*, serie 3, vol. VII, 1889, pp. 96-129.

⁸ Antonio Vallisneri, *Opere Fisco-Mediche*, Venecia, Sebastiano Coleti, 1733, vol. III, pp. 243-248; "Catalogo de alcune rarità, che il Sig. Abate Co. Ciovannantonio Baldini ha riportato da' suoi viaggi, venute principalmente dall'India e dalla Cina [...] 13 novembre 1719"; *Giornale de' Letterati d'Italia, Supplemento*, Venecia, vol. III, 1726, pp. 363-376, "Annotazione".

⁹ [Paolo Maria Terzagio], *Musaeum Septalianum Manfredi Septalae Patritii Medionalensis Industriosi Labore constructum...*, Tortona, Typis Filiorum qd. Elisei Viola, 1664; [Pier Francesco Scarabelli], *Museo o Galleria Adunate dal sapere, e dallo studio Del Sig. Canonico Manfredo Settala, Nobile Milanese, Descritta in latino dal Sig. Dott. Dis. Coll. Paolo Maria Terzagio Et hora in Italiano dal Sig. Pier Francesco Scarabelli, Dott. Fis. di Voghera, E dal medesimo accresciuta*, Toronta, Per il Figlioli del qd. Eliseo Viola, 1666; Gino Fogolari, "Il Museo Settala Contributo per la storia della coltura in Milano nel secolo XVII", *Archivio Storico Lombardo*, serie II, año XXVII, 1900, pp. 58-126; *Guida sommaria per il visitatore della Biblioteca Ambrosiana e delle collezioni annesse*, Milán, Tipografia Umberto Allegretti, 1907, pp. 33-110; Achille Ratti, "La risurrezione di un museo milanese (il Museo Settala)", in *Reale Istituto Lombardo di Scienze e Lettere*, Milán, serie II, vol. 39, fasc. XX, 1906, pp. 1011-1020; Carla Tavernari, "Manfredo Settala, collezionista e scienziato milanese del '600", *Annali dell'Istituto e Museo di Storia della Scienza*, vol. I, 1976, pp. 43-61; Carla Tavernari, "Il Museo Settala 1660-1680", *Critica d'Arte*, vols. 163-165, 1980, pp. 202-220; Tullio Tomba, "Gli astrolabi della Collezione Settala nella Pinacoteca Ambrosiana", *Atti della fondazione Giorgio Ronchi*, Florencia, 1978, vol. 2, pp. 297-314; vol. 4, pp. 636-647.



¹⁰ Pontificia Università Gregoriana, Archivo, *MSS Kircher*, A PUG 568, vol. XIV, fol. 171 (1647); A PUG 564, vol. X, fol. 99 (1668); A PUG 564, vol. X, fol. 87 r-v (1668); A PUG 566, vol. XII, fol. 35r (1674); A PUG 566, vol. XII, fol. 36r (1677), y A PUG vol. XI (1674).

¹¹ Archivo Segreto Vaticano, *Fondo Carpegna 65*, fols. 51-58; G.M. Crescimbeni, *Le vite degli arcadi illustri*, Roma, A. de Rossi, 1708-1728, vol. II, pp. 195-254; Vincenzo Leonio, "X. Vita di Monsig. Gio. Giustino Ciampini Romano Detto Immone Oeio..."; Lina Montalto, "Un ateneo internazionale vagheggiato in Roma sulla fine del secolo XVII", *Studi Romani*, vol. X, 1962, pp. 666-673.

¹² *Christina Queen of Sweden-A Personality of European Civilization*, Nationalmusei Utställningskatalog 305, Estocolmo, Egnellska Boktryckerei AB, 1966, pp. 416-581; Georgina Masson, *Queen Christina*, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1968, *passim*.

¹³ Margaret Lavin, *Seventeenth Century Barberini Inventories and Documents of Art*, Nueva York, New York University Press, 1975; Pio Pecchaj, *I Barberini*, Roma, Libreria dello Stato, 1959, pp. 154-155; Derek J. Price, "A Collection of Armillary Spheres and Other Antique Scientific Instruments", *Annals of Science*, vol. 10, núm. 1, marzo de 1954, pp. 172-187.

¹⁴ Archivo Segreti Vaticano, *Avvisi*, vol. 26, 15 de julio 1656; vol. 27, 28 de abril de 1657; Ermete Rossi, *Roma ignorata da Roma*, Roma 1939, XVII, p. 271; Giovanni Incisa della Rocchetta Chigi, "Il Museo di curiosità del Card. Flavio Chigi seniore", *Archivio della Società Romana di Storia Patria*, serie III, vol. XX, año LXXXIX, fasc. I-IV, 1967, p. 184 n. 202; Camillo Serafini, *Saggio storico delle collezioni numismatiche vaticane di Monsignor Stanislao Le Grelle*, Milán, Hoepli, 1910, p. XVII.

¹⁵ Pio Paschini, *I Chigi*, Roma, Reale Istituto di Studi Romani, 1946, pp. 36-42; *Dizionario Biografico degli Italiani*, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, vol. 24, pp. 747-751, "Chigi, Flavio"; L. Cardella, *Memoire storiche de' cardinali della Santa Romana Chiesa*, Roma, Pagliorini, 1792-1797, pp. 120-122; *Il Nepotismo di Roma, or, The History of the Popes Nephews from the Time of Sixtus the IV to the Death of the last Pope Alexander VIII*, Londres, para John Strachey, 1669, parte I, pp. 127-158.

¹⁶ *Nota delli musei, librerie, gallerie, et ornamenti di statue e pitture e' palazzi, nelle casse e giardini di Roma*, Roma, Appresso Biagio Deversin e Felice Cesaretti, nella stempareia del falco, 1664, p. 17; [Pietro de' Sebastiani], *Viaggio curioso de' palazzi e ville più notabili di Roma di Pietro de' Sebastiani*, Roma, Per il Moneta, 1683, pp. 55-58 y ss.; *Descrittione di Roma moderna*, Roma, 1697, pp. 55-58 y ss.; Giovanni Incisa della Rocchetta Chigi, "Il museo di curiosità del cardinale Flavio Chigi seniore", *Roma*, año III, fasc. 13, 1925, pp. 539-544; Vincenzo Golzio, *Documenti artistici sul Seicento nell'archivio Chigi. Con presentazione di Roberto Paribeni*, Roma, Fratelli Palombi, 1939, vol. XVII, pp. 189-201, "Il Giardino alle Quattro Fontane"; Giovanni Incisa della Rocchetta Chigi, "Del giardino Chigi alle Quattro Fontane", *Strenna dei Romanisti*, 1955, pp. 208-212; *idem*, *Il Museo*, 1967, pp. 141-144.

¹⁷ Biblioteca Apostolica Vaticana, *Cod. Veron. 355 y 430* (Giovanni Bianchini); Rodolfo Lanciani, *Storia degli scavi di Roma*, Roma, E. Loescher & Co., 1902, p. 154; Pietro Rossini, *Il Mercurio Errante*, 1693, vol. I, p. 109.

¹⁸ *Il Mercurio*, 1693, vol. 1, p. 210; Raffaele Garrucci, *Vetri ornati di figure in oro*, Roma, Tipografia delle belle arti, 1864, p. 227, tav. XLI; Giovanni Incisa della Rocchetta Chigi, "Una relazione del padre Virgilio Spada", *Archivio della Società di Storia Patria*, vol. LXXXII, 1959, pp. 25-27; *idem*, *Il Museo*, 1967, pp. 154, 163, 179.

¹⁹ Biblioteca Apostolica Vaticana, Archivo privato Chigi, *MS Chigiano R. V. g (37/6)*, carta de Athanasius Kircher al cardenal Flavio Chigi, 13 de diciembre de 1666.

²⁰ Rocchetta, *Il Museo*, 1967, p. 185; Ägyptische Altermutter aus der Skulptursammlung Dresden (Dresden: Staatliche Kunstsammlungen Dresden Ausstellung im Albertinum, 1977), p. 39; comunicación con Verwaltungsdirektor Hans Rot, Staatliche Kunstsammlungen Dresden, 23 de enero de 1984.

²¹ Rossini, *Il Mercurio*, vol. I, 1693, p. 110; Biblioteca Apostolica Vaticana, Archivo privato Chigi, Mandati di pagamento di Card. Flavio Chigi: "Conto dal 1681 con Francesco Corallo al tuto 1682", 21 de enero de 1684.

²² [Jacob Spon... and George Wheler], *Voyage d'Italie, de Dalmatie, de Grece, et du Levant, fait aux années 1675 et 1676 par Jakob Spon... et George Wheler*, Lyon, A. Cellier le fils, 1678, vol. I, p. 371; Conde de Caylus, *Voyage d'Italie 1714-1715. Première édition du code annotée et precedee d'un essai sur le Comte de Caylus par Amilda-A. Pons*, Paris, 1914, p. 189; Francesco Scotto, *Il nuovo itinerario d'Italia*, Roma, 1700, citado por Rocchetta Chigi (1967); de'Sebastiani, pp. 55-58; Roussini, *Il Mercurio*, vol. I, 1693, p. 109 (p. 133 en la parte I de la edición de 1700); *Descrizione di Roma moderna divisa in XII rioni*, Roma, Michelangelo e Piervincenzo Rossi, 1697, pp. 673-674.

²³ Francesco Ehrle, "Dalle carte e dai disegni di Virgilio Spada (+ 1662) (Codd. Vaticani Lat. 11257 e 11258)", *Atti della Pontificia Accademia Romana di Archeologia*, serie III, Memoire, vol. II, 1928, pp. 1-9, 96-99; *Enciclopedia Italiana*, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 1936, vol. LXXXII, p. 194, "Spada, Virgilio"; Giovanni Incisa della Rocchetta, "Una relazione del padre Virgilio Spada", *Archivio della Società Romana di Storia Patria*, vol. LXXXII, 1959, pp. 25-27; Biblioteca Vallicellina, Carteggio "Raccolta Spada", 1886; comunicaciones de la doctora Arianna Scolari Jesurum, directora de la Biblioteca Vallicelliana, 1983-1985.

²⁴ *Dictionary of Scientific Biography*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1973, vol. VII, pp. 374-378, "Kircher, Athanasius"; vol. X, 1974, pp. 488-492, "Peiresc, Nicolas Claude Fabri de"; John E. Fletcher, "Astronomy in the Life and Work of A. Kircher", *Isis*, vol. 61, 1970, pp. 42-47; *idem*, "Claude Fabri de Peiresc and the other French Correspondents of A. Kircher", *Australian Journal of French Studies*, Melbourne, vol. 9, 1972, pp. 250-273; Jascelyn Godwin, *Athanasius Kircher. A Renaissance Man and the Quest for Lost Knowledge*, Londres, Thames & Hudson, 1979, pp. 5-24; Maurice Pope, *The Story of Archeological Decipherment From Egyptian Hieroglyphics to Linear B*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1975, pp. 28-38, 193-194.

²⁵ Carlo Piccirillo, *Il più antico Museo*, Roma, 1962, pp. 15-20; Valerio Rivosecchi, *Esotismo in Roma Barocca. Studi sul Padre Kircher*, Roma, Bulzoni Editore, 1982, pp. 141-150; Schlosser, pp. 201-202; Michele Garrucci, "Origini e vicende del Museo Kircheriano dal 1651 al 1771", *Civiltà Cattolica*, 1879, pp. 727-739; P. Conor Reilly, S.J., Athanasius Kircher, *Master of a Hundred Arts 1602-1680*, Studia Kircheriana, Band I, Wiesbaden/Rom, Edizioni del Mondo, 1974, pp. 145-155.

²⁶ Ettore de Ruggiero, *Catalogo del Museo Kircheriano*, Roma, Coi tipi del Salviucci, 1878, pp. VIII-X; Ricardo G. Villoslada, S.J., *Storia del Collegio Romano dal suo inizio (1551) alla soppressione della Compagnia di Gesù (1773)*, Roma, Apud aedes Universitatis Gregorianae, 1954, pp. 183-187; Reilly, *Athanasius Kircher*, 1974, pp. 145-155. Aunque el Museo Kircheriano pudo haberse iniciado en 1651 como tal con la donación de Alfonso Donnino, de hecho Kircher ya había formado un "gabinete"



que consistía en su colección de instrumentos científicos y en el regalo de los artefactos egipcios de Peiresc en Aix y otros que más adelante él mismo le envió.

²⁷ Boleslaw Szcesniak, "Athanasius Kircher's *China Illustrata*", *Osiris*, vol. 10, 1952, pp. 385-411; *idem*, "The Origin of the Chinese Language According to Athanasius Kircher's Theory", *Journal of the American Oriental Society*, vol. 72, 1952, pp. 21-29; Godwin, pp. 50-55.

²⁸ Villoslada, p. 184; Connor Reilly, S.J., "Francesco Lana, S.J. Pioneer of Aeronautics (1631-1687)", *The Month*, nueva serie, vol. 19, núm. 2, febrero de 1958, pp. 89-93; P. Francesco Terzi Lana, S.J., *Prodromo ovvero saggi di alcune inventioni, nuove premesso all'arte maestra. Opere che prepara il P. Francesco Lana... per mostrare li più reconditi principi della Naturale Filosofia...*, Brescia, Per il Rizzardi, 1670; *Nouvelle Biographie Universelle*, vol. 29, cols. 301-304, "Lana Terzi (Francois)"; *Enciclopedia Italiana*, vol. XX, 1933, p. 481, "Lana, conte de Terzi, Francesco".

²⁹ [Giorgio de Sepi], *Romani Collegii Societatis Jesu Musaeum Celeberrimum Cujus magnum Antiquariae rei, statuarum imaginum, picturarumque partem Ex Legato Alphonsi Donnini, S.P.Q.R.A. Secretis, munifica Liberalitate relictum P. Athanasius Kircher, Soc. Jesu, novis & raris inventis locupletatum compluriumque Principium curiosis donariis magno rerum apparatu instruxit...*, Waesbergiana, Ex Officina Janssonio, 1678.

³⁰ Reilly, S.J., *Athanasius Kircher*, pp. 106, 147-149, 152, 160, 184; John Evelyn, *The Diary of John Evelyn*, editado por E.S. de Beer, Oxford, Clarendon Press, 1956.

³¹ Villoslada, p. 185; Reilly, *Athanasius Kircher*, p. 150; de Ruggiero, p. IX; Francis Maximilian Misson, *A New Voyage to Italy*, Londres, 1699, vol. II, pp. 195-198.

³² Villoslada, pp. 185-186; de Ruggiero, pp. XXIII; *Dizionario Biografico degli Italiani*, vol. 15, 1972, pp. 142-144, "Buonanni, Filippo".

³³ Villoslada, pp. 185-186; de Ruggiero, pp. X-XIII; Bruno Accordi, "Contributions to the History of Geological Sciences. Illustrators of the Kircher Museum Naturalistic Collections", en *Geologica Rom.*, vol. 15, pp. 113-123.

³⁴ Filippo Bonanni, *Museum Kircherianum sive Musaeum A.P. Athanasio Kircheri In Collegio Romano Societatis Jesu jam pridem inceptum nuper restitutum, auctum, descriptum, & Iconibus illustratum...*, Roma, Giorgio Plachi, 1709; *Idem, Rerum naturalium historia nempe quadrupedum insectorum piscium variorumque marinorum corporum fossilium plantarum exoticarum ac praesertim testaceorum existentium in Museo kircheriano edita iam A.P. Philippo Bonannio nunc vro nova methodo distributa notis illustrata in tabulis reformata novisque observationibus locupletata a Johanne Antonio Battara Ariminensi*, Roma, In Typographio Zempeliano, 1773; Accordi, 1976, pp. 123-125; *Dizionario Biografico degli Italiani*, vol. 7, 1965, pp. 235-237, "Battara, Giovanni Antonio".

³⁵ Antonio Maria Ambrogi, S.J., y Contuccio Cantucci, S.J., *Musei Kircheriani in Romano Soc. Jesu Collegio Aerea Notis Illustrata*, Roma, Ex Typographia Johannes Zempel, 1763; de Ruggiero, pp. XIII-XVI.

³⁶ Johann Georg Keyssler, *Neuste Reisen*, Hanover, 1715, 1780; trad. *Travels Through Germany, Italy...*, Londres, A. Linde, 1757; Reilly, *Athanasius Kircher*, p. 153.

³⁷ De Ruggiero, pp. XXII-XXX.

³⁸ Rocchetta Chigi, 1967, pp. 141-146; Fogolari, pp. 58-126; Ratti, pp. 1011-1020; Tavernari, 1976, pp. 43-61; Tullio Tomba, "Gli astrolabi della Collezione Settala nella Pinacoteca Ambrosiana", *Atti della fondazione Giorgio Ronchi*, Florenca, 1978, vol. 2, pp. 297-314; vol. 4, pp. 636-647.



³⁹ Vincenzo De Michele, Luigi Cagnarolo, Antonio Aimi y Laura Laurencich, *Il Museo di Manfredo Settala nella Milano del XVII secolo*, Milán, Stampa Arti Grafiche Nidasio, 1983; Antonio Aimi, Vincenzo De Michele y Alessandro Morandotti, *Museum Septalianum. Una collezione scientifica nella Milano del Seicento*, Milán, Giunti Marzocco Editore, 1984.

El busto como destino

Guy Davenport

Este ensayo apareció publicado originalmente en el libro de Guy Davenport, *Objects on a Table. Harmonious Dissarray in Art and Literature*, Counterpoint, Washington, 1998. Traducción de Antonio Saborit. La traducción del poema de Rilke, "Torso de Apolo Arcaico", es de Jaime Ferreiro Alemparte; de Roberto J. Vernengo el fragmento de "París, capital del siglo XIX" de Walter Benjamin; la de Edgar Allan Poe es de Julio Cortázar, y de Alfonso Donado la del fragmento de James Joyce.

El hombre de la urbe tiene un folklore que florece con la energía y el éxito del mito y de la fábula, y que se ha apropiado, acaso a través de una estratagema inconsciente, de los símbolos originales del arte de la naturaleza muerta. El libro impreso comenzó siendo su medio; la imagen en movimiento, la radio y la televisión han continuado este proceso. Por folklore urbano me refiero a Don Quijote, a Sherlock Holmes, a Tarzán de los Monos: figuras que conocieron una difusión instantánea a partir de sus textos, a quienes retomaron otros autores, de suerte que su lugar como personajes es la imaginación pública, y el texto es sólo una fuente o un punto de referencia clásico para su realidad.

Todos conocemos las habitaciones de Sherlock Holmes en el 221B de Baker Street. Hay un violín, una enorme colección de volúmenes con recortes de periódico sobre crímenes; el escaupín persa en el que Holmes guarda su tabaco, cogido con una navaja de bolsillo al manto de la chimenea. Esta habitación empezó siendo la de Roderick Usher, en el cuento de Poe "The Fall of the House of Usher", y la habitación de Auguste Dupin en París, en los cuentos de Poe sobre aquel detective proto-holmesiano. En un sentido más profundo esta habitación comenzó en la de Leigh Hunt, donde Keats escribió "Sleep and Poetry". Es el cubículo del filósofo, del poeta, la guarida del hombre de sentimientos y sensibilidad. En el estudio de Mario Praz sobre los interiores —estudio que parte del ensayo seminal de Poe sobre la